

BARFIELD, O., *El arpa y la cámara*. Atalanta, Vilaür 2019, 121 págs., ISBN: 978-84-949054-3-8

Los escritores cristianos y neoplatónicos de Oxford, conocidos como *Inklings*, son una célebre agrupación informal en la que sobresalen singularmente J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis. Del resto de sus integrantes, menos conocidos, cabe distinguir a Charles Williams y a Owen Barfield. Este último, pese al relativo desconocimiento de su figura, no fue un autor anecdótico o menor. Por el contrario, fue uno de los fundadores de esta comunidad literaria y se erigió en el anclaje teórico de los *Inklings* gracias a su obra académica *Poetic Diction. A Study in Meaning* (1928). Barfield (1898-1997) vertebró con maestría una propuesta intelectual capaz de anuar epistemología, antropología y mitología para conformar una filosofía de la imaginación deudora del neoplatonismo cristiano y de la antroposofía de Rudolf Steiner. Esta influencia no quedaría circunscrita a estos pensadores de Oxford y alcanzaría a literatos como T. S. Eliot. Pese a su relevancia intelectual en el ámbito anglosajón, llama la atención que Barfield haya gozado de escasa atención editorial en España. Para solventar esta ausencia, *El arpa y la cámara* es el segundo libro del autor que publica la editorial Atalanta. Se trata de una compilación de seis ensayos breves que proceden de la segunda edición (2013) del libro publicado originalmente en 1977 con el título *The Rediscovery of Meaning and Other Essays*, exactamente 20 años después de su obra *Saving the Appearances: A Study in Idolatry* (1957) — publicada en 2015 por la propia Atalanta con el título *Salvar las apariencias. Un estudio sobre idolatría*—. En *El arpa y la cámara*, Barfield reflexiona sobre la teoría del conocimiento a través de una

vía alternativa al pensamiento moderno occidental por medio de la metáfora y la imaginación al tiempo que nos precave sobre los reduccionismos emanados del cientificismo positivista y del materialismo.

En el primer ensayo —«El redescubrimiento del sentido»— Barfield alerta sobre el dogmatismo de la investigación científica positivista y, consecuentemente, de sus consecuencias epistemológicas. A su juicio, el positivismo encierra la relación entre las cosas y su significado en las férreas cadenas de una causalidad sin alternativa posible. Esta cosmovisión ha sido aceptada mayoritariamente por la comunidad académica y por la cultura popular. Así, señala Barfield: «El sentido de un proceso es el ser interior que el proceso expresa. La negación de ese ser interior en los procesos de la naturaleza conduce inevitablemente a su negación en el propio ser humano» (pág. 13). Frente a este positivismo, que niega que naturaleza y lenguaje tengan sentido alguno para la mente, Barfield defiende lo contrario. Si el lenguaje está lleno de sentido, análogamente la naturaleza tiene significado pleno. Un significado conformado por una serie de imágenes que simbolizan conceptos y, esto es especialmente significativo, que originaron el lenguaje. Por todo ello, el autor incide en la necesidad de recuperar un lenguaje más metafórico y cromático, propio de una época en la que el hombre participaba del mundo, y no lo observaba de una manera distante. Apunta, en consecuencia, a la necesidad de superar la polarización de la naturaleza en la dualidad objetivo-subjetivo. Esta polarización habría permitido controlar y cuantificar los procesos naturales al precio de perder la comprensión de los mismos. El por qué y el para qué habrían sido orillados en aras del cómo y del cuánto. Barfield denuncia esta

pérdida de sentido en aras de una literalidad y eficiencia crecientes. Por tanto, recuperar el origen interior de las formas exteriores es necesario y difícil, aunque posible, por medio de la imaginación. Esta facultad antropológica, convencionalmente desdeñada en el pensamiento occidental como fuente de ficciones e ilusiones, permitiría indagar en la naturaleza como un conjunto de imágenes o símbolos. Como conclusión de este ensayo, Barfield defiende la necesidad de equiparar la percepción de cualidades con una ponderación de cantidades profundamente asentada en el esquema positivista.

El segundo capítulo —«El arpa y la cámara»—, que da título al libro, permite a Barfield contraponer el arpa de viento a la cámara oscura. Dos inventos atribuidos al polímata tardorrenacentista Athanasius Kircher que, a su juicio, tipificarían dos concepciones distintas del proceso de percepción. La cámara oscura simbolizaría la revolución copernicana de la psique humana al invertir la forma de entender la relación de la mente con el entorno. Llevada de suyo, la cámara culminaría su desarrollo en la cámara fotográfica y este proceso técnico que transita desde el daguerrotipo, la linterna mágica, la cámara fotográfica hasta el cine y la televisión permitiría conocer la realidad y aprehenderla a través de la luz y del uso de una lente. Por otra parte, el arpa de viento sería el emblema de la inspiración puesto que es más difícil cerrar los oídos que suprimir la vista. Además, el «ojo, al ver en perspectiva, proyecta su propio punto de vista» (pág. 42). Por tanto, Barfield advierte que para los científicos y filósofos todo lo que nos rodea sería una proyección mental en un escenario de realidades imperceptibles e inasequibles. Por este motivo, el triunfo correspondería al modelo de la cámara oscura, al paradigma cientificista y positivista. ¿Frente a esta propuesta de sentido cabría alguna alternativa? Barfield considera que la alternativa pasaría por recuperar el pensamiento en términos metafóricos, que si bien puede parecer primitivo, atendería al modelo del arpa eólica antes que a la cámara oscura. Es decir, el modelo que proponía el *pneuma*, la música y la imaginación, a la participación en la realidad.

Por su parte, El ensayo «Sueño, mito y doble visión filosófica» escaparía de las reflexiones sobre la ciencia para plantear la distinción de los estados de la consciencia. En ellos, Barfield destacaría el sueño como un estado de consciencia ordinaria análogo a la vigilia. Sumaría, además, el mito y la historia como fuentes de la consciencia en una filosofía abandonada como consecuencia del positivismo imperante. Su denuncia de esta prisión cognitiva resulta elocuente: «Pienso que quienes en Occidente sentimos un especial interés por el mito y los sueños somos principalmente impulsados a ello por el sentimiento de que el mundo en el que residimos con nuestra consciencia ordinaria, y que es correlativo a esa consciencia ordinaria, es precisamente ese mundo que ya ha sido fulminado por la Medusa. Y sentimos la necesidad de liberarnos de ese mundo» (pág. 61). El mito y el lenguaje adensarían con su riqueza de matices la consciencia ordinaria. Serían un añadido extraordinario que permiten a Barfield recurrir a la metáfora para atravesar los distintos niveles de la consciencia. Para ello no recurre al desplazamiento lingüístico de significados a través de las relaciones de semejanza, sino de la posibilidad metafórica de conocer argumentos subyacentes a través de prolongaciones alusivas. Barfield considera la metáfora como una forma válida de conocer y participar en la realidad, lo que enlazaría con el siguiente ensayo de esta obra.

Así, en «Materia, imaginación y espíritu», Barfield reflexiona sobre la ontología y la gnoseología. Indaga en la acepción de la palabra *materia* como aquello común y perceptible por los sentidos, algo vinculado a la solidez como consecuencia de la física clásica. No obstante, el autor advierte que esta noción ha de quedar superada por los crecientes crecientes vínculos de la materia con la energía como elemento básico de la solidez. Por otra parte, recupera la palabra *espíritu*, que mantiene una relación antitética con la materia. El espíritu sería inmaterial, una parte de la totalidad que no es perceptible por los sentidos. Aquí introduce Barfield la escisión de la Modernidad, la ruptura cartesiana a modo de osquedad

entre materia y espíritu. Para superarla, Barfield defiende una facultad cognoscitiva que ha aparecido en anteriores ensayos, la imaginación: «Lo material puede llegar a ser una imagen, o representación, de lo inmaterial. Que sea o no así para nosotros dependerá de nosotros mismos. *Cuando* es así, podemos llamar a la experiencia resultante “imaginación”. Por tanto, la imaginación también es por su misma naturaleza una relación entre materia y espíritu, pero un tipo especial de relación, pues mantiene y al mismo tiempo trasciende la contradicción entre ambos a la que ya hemos dedicado nuestra atención» (pág. 76). Esta visión, cada vez menos frecuente, la recoge de los románticos, que consideraron que «es en la imaginación donde fundamentalmente debemos buscar la curación de esa herida provocada por el desgarró cartesiano entre materia y espíritu» (pág. 77). así, la imaginación sería la única manera de salir del aislamiento, la única actividad psíquica que asume que el espíritu no es lo que podemos percibir, es lo que somos.

Barfield ahonda en la escisión cartesiana en «Ciencia y cualidad», donde resalta la elección consciente de la ciencia moderna que hace cuatro siglos prescindió de las denominadas *cualidades ocultas*. Si el telescopio y el microscopio iluminan la naturaleza objetiva todo aquello que no caiga en su ámbito de investigación sería subjetivo y contaría con el estatuto de mera proyección mental y sensitiva sobre el mundo. En este sentido, si la cosmología precopernicana — con su microcosmos conectado con el macrocosmos merced a una suerte de fuerzas interactivas no enteramente físicas ni psíquicas— fue motejada de antropocéntrica, Barfield considera que el actual paradigma científico es igualmente antropocéntrico: «en la medida en que el mundo es cualitativo, la nuestra es una representación del mundo sumamente antropocéntrica» (pág. 88). El conocimiento del método científico convencional resulta válido entonces sólo si trata al ser humano y a la naturaleza como mecanismos porque para buscar la eficacia resulta necesario pensar en términos mecánicos y cuantificables. La verdad es que ni hombre ni naturaleza son sólo mecanismos.

Sólo las humanidades resistirían esta relación polémica mecanismo-organismo. Pese a que ciencia y humanidades no deberían mantener una relación de antagonismo, manipular la vida como si fuese un mecanismo implica obtener logros únicamente de índole tecnológica. Investigar las cualidades, advierte Barfield, exigiría una metodología que, a diferencia de la ciencia matematizada, no esté supeditada a las cantidades. Habría de mirar al interior, partir de un coeficiente moral y no sólo intelectual para superar la penuria intelectual y moral actuales. Es el triste paisaje que Barfield deseaba corregir y en esa línea de pensamiento se inserta su último ensayo.

«El significado de la palabra “literal”», con el que Barfield clausura este libro, supone una denuncia respecto del literalismo, una consecuencia reduccionista del positivismo. Considera que la historia de las palabras literales de sentido inmaterial ha atravesado diversas etapas, desde su nacimiento hasta su consumación, lo que justificaría que los términos inmateriales comenzaron con una alusión a algo totalmente material. A continuación, la fantasía humana crearía metáforas en etapas intermedias pare revestir ese conocimiento rutinario. Por todo ello, naturaleza y hombre nunca serán comprendidos hasta que no aceptemos que la naturaleza es el reflejo del yo consciente e inconsciente del hombre. La metáfora, nuevamente, permite a Barfield abogar por una teoría del conocimiento alternativo para redimir al hombre de la prisión de lo cuantitativo, del literalismo y del materialismo.

Gracias a Atalanta, esta cuidada edición de *El arpa y la cámara* abunda en aspectos fragmentarios pero sustanciales de la propuesta de Barfield. La metáfora, el sueño, el espíritu, como fuentes válidas de conocimiento son algunas de las facetas que este compendio de ensayos aborda con singular perspicacia y que acerca al lector —con independencia de su especialización o no— con elegancia y concisión. Su afán sería defender fuentes de conocimiento válido de la realidad que exceden del reduccionismo positivista y materialista que considera la ciencia como única fuente de conocimiento

válida. Es decir, Barfield propone conocer junto a la ciencia y no en sustitución de la misma. Con estos seis ensayos de relevancia teórica Barfield alude a la necesidad de recordar una concepción de la ciencia previa a su matematización, a una ciencia que se ocupaba de esencias, de cualidades antes que a cantidades. Al impugnar el cientificismo y denunciar las férreas cadenas del mecanicismo, Barfield pretende recuperar un mundo sagrado. Un mundo sagrado no en el sentido de encontrar una ninfa en cada arroyo o una dríade en cada árbol sino en el de un cosmos de esencias, vestigios, imágenes y semejanzas que no ha de ser profanado por el utilitarismo, la eficiencia y el cientificismo. Además, *El arpa y la cámara*, al igual que *Salvar las apariencias*, coincide en su denuncia de la literalidad, entendida como un presidio que constriñe la realidad, como una mentira que empobrece nuestro mundo bajo las cadenas de todo lo cuantificable, medible y objetivable. Por tanto, ambas obras sostienen una línea de continuidad. Aunque *El arpa y la cámara* supone necesariamente una reflexión parcial por el carácter breve de los ensayos que lo componen, resulta una obra valiosa porque atesora dos décadas de indagaciones y de reflexión sobre la esencia de la metáfora como una manera más profunda de relacionarse con la realidad y de participar de ella. Desde la amplia perspectiva que le concede su interdisciplinariedad y su rico fondo de erudición, Barfield continuará con su propuesta de superación de la escisión cartesiana entre el interior y el exterior. Sólo así, recuperando el vínculo entre el interior y el exterior, superando la literalidad, el hombre podrá no ya recuperar la unidad perdida sino alcanzar con mayor profundidad la verdadera realidad. Por su rigor, solvencia y claridad, *El arpa y la cámara* supone una obra de indudable valor para abordar de forma original cuestiones epistemológicas, antropológicas y ontológicas de enorme relevancia y complejidad. Su valor estriba en la capacidad de Barfield para situar la imaginación como una facultad sensitiva central, no lateral, que aúna fuentes de conocimiento dispares y devaluadas en el pensamiento occidental como el sueño, la fantasía o el mito. Es mérito del autor

acercar cuestiones tan complejas con una conclusión que se impone con nitidez: el positivismo, el cientificismo y el materialismo son reduccionismos, perversiones, que subordinan al hombre a vivir como una máquina, a ser tratado como una máquina y a comportarse como una máquina. El sentido de la vida, a juicio de Barfield, requiere una mirada más amplia y limpia para alcanzar tanto la libertad como la consciencia. – MARIO RAMOS VERA (mrivera@comillas.edu)

SALVADOR GONZÁLEZ, J. M., *La estética de San Buenaventura y su influencia en la iconografía de los siglos XIV y XV*, *Sindéresis* (Colección Biblioteca de Humanidades Salmanticensis 34, serie Pensar la Edad Media Cristiana), Madrid-Porto 2022. 261 págs. ISBN: 978-84-19199-09-6.

La editorial *Sindéresis* ha tenido el acierto de publicar este año 2022, en la serie «Pensar la Edad Media Cristiana», siendo el número 34 de los libros que componen la colección «Biblioteca de *Humanidades Salmanticensis*», la obra del Doctor Don José María Salvador González titulada: *La estética de San Buenaventura y su influencia en la iconografía de los siglos XIV y XV*.

La publicación de esta obra es, sin duda, un acierto, y lo es al menos por dos razones. La primera de estas razones es que nos encontramos ante una minuciosa y rigurosa exposición de una parte medular de la producción y el pensamiento de uno de los filósofos más brillantes del siglo XIII, San Buenaventura de Bagnoregio. Y la segunda razón, digna de especial mención, es la original propuesta que ocupa buena parte de la segunda parte de este libro, y que no es otra que la defensa, fundada y bien mostrada, de una tesis no expuesta hasta el momento en los estudios sobre estética tardomedieval: la influencia de la estética bonaventuriana en la iconografía de los siglos XIV y XV.

A lo largo de la primera parte el autor expone, con gran rigor, citando aquellos textos, fundamentales como referencia, a los que acude, las que son las claves del pensamiento estético del Doctor seráfico, para quien la contemplación del mundo creado,